



El Huáscar, el titán del Pacífico sur

Parte II



Por

Víctor Hernández
Sociedad de
Escritores
de Magallanes

El 29 de mayo de 1877, a la altura de Pacocha, el monitor se encontró con la flotilla inglesa. El almirante Horsey envió una señal preventiva para que detuviera su andar y luego, le intimidó con un cañonazo para que se rindiera. El Huáscar ignorando la amenaza, respondió con otro disparo, lo que iniciaba un combate que tendría una gran repercusión histórica.

El comandante Astete, dirigió su nave cerca de las rocas de la costa, lo que forzó a la fragata Shah y a la corbeta Amethyst a introducirse peligrosamente en aguas muy poco profundas para disparar sus proyectiles, los que no lograron perforar el blindaje del Huáscar. El buque rebelde respondió con ferocidad el ataque de las naves británicas. Horsey ordenó entonces, la utilización de una nueva arma para hundir o inmovilizar al monitor. A la cinco de la tarde, el Shah disparó un torpedo móvil marca Whitehead, que fue esquivado por el buque peruano.

Era la primera vez en la historia en que se usaba un torpedo autopropulsado en un combate naval. Más tarde, en la guerra ruso-turca de 1877-78, un buque de la escuadra del zar Alejandro II hundió con un torpedo móvil al vapor turco Intibah lo que validaba la eficacia de esta arma letal. Sin embargo, no sería hasta la llamada guerra civil de 1891, cuando el torpedo fue probado en un combate real entre dos naves de guerra. El 23 de abril, el cazatorpedero Lynch al mando del comandante Alfredo Fuentes Manterola hundió al buque insignia de la Armada Nacional, blindado Blanco Encalada frente al puerto de Caldera con la dramática pérdida de 182 marinos fallecidos. Esta tragedia que enlutó a la Marina de Chile, sirvió de ejemplo a muchas armadas del mundo para replantear el diseño de sus naves de guerra e impulsó la construcción de la industria naval submarina.

En Pacocha, en cambio, el Huáscar resistió los embates de las naves inglesas y al caer



El Huáscar navegando sin el palo trípode de proa, el que fue retirado por orden del almirante Grau luego del Combate Naval de Iquique.

la noche, emprendió rumbo a Iquique, donde el capitán Astete entregó el buque y la tripulación insurrecta a las autoridades peruanas, quienes procedieron a apresar a los jefes y marinos sublevados para recluirllos primero, en la Independencia y luego, en la cárcel de El Callao.

Campaña marítima de la guerra del Pacífico

El 5 de abril de 1879 el gobierno del Presidente Aníbal Pinto Garmendía declaró la guerra a Perú y Bolivia. La Escuadra de Chile se estableció en el puerto de Iquique con el objetivo de interceptar el paso de buques enemigos y de interrumpir el abastecimiento de municiones y pertrechos para la flota enemiga.

Durante los siguientes cuarenta y cinco días, las acciones navales se redujeron al combate de punta Chipana el 12 de abril, en que la cañonera Magallanes se batió favorablemente contra las corbetas peruanas Unión y Pilcomayo y al bombardeo efectuado por la flota chilena en los puertos de Mollendo, Mejillones del norte, Pabellón de Pica, Huancillos y Pisagua, en represalia precisamente, por la acción de Chipana.

El jefe de la escuadra chilena, contralmirante Juan Williams Rebolledo, pensaba que con esta acción provocaría la salida de los blindados peruanos de la fortaleza de El Callao. El Huáscar

car y la Independencia abandonaron su base naval sólo a mediados de mayo escoltando a los transportes Chalaco, Oro y Lima, con 4.000 soldados para la defensa de Arica. En este puerto se enteraron, por boca del Presidente Mariano Ignacio Prado, que los principales barcos chilenos, cansados de esperar, habían abandonado el bloqueo de Iquique y se dirigían al norte con intención de asestar un duro golpe a la fuerza naval peruana.

Es en este momento histórico en que comienza verdaderamente la campaña marítima. Cuando el 21 de mayo de 1879 el Huáscar y la Independencia asomaron en la rada de Iquique, los comandantes de estas modernas naves, Miguel Grau y Juan Guillermo Moore, no imaginaron ni en sus peores pesadillas, la resistencia que opondrían la Esmeralda y la Covadonga.

Después de más de cuatro horas de combate, el Huáscar, luego de cañonear implacablemente a la corbeta, usó su espolón de acero en tres ocasiones, lo que permitió el abordaje del monitor por parte de algunos marinos chilenos, con la intención de tomarlo por la fuerza. Nada de eso ocurrió. Al primer golpe del Huáscar saltaron el capitán Arturo Prat, el sargento Juan de Dios Aldea y el soldado Arsenio Canave, el que murió víctima de los disparos de los fusileros del monitor; el sargento Aldea gra-

vemente herido, después de agonizar unos días, falleció en el hospital de la prefectura de Iquique. En cambio, el capitán Prat, quien en su breve incursión por la cubierta del blindado había matado al teniente Jorge Velarde, cayó ultimado con un disparo en la cabeza, efectuado por el marinero Mariano Portales.

Al segundo espolono abor-daron el monitor, el teniente Ignacio Serrano y doce marineros. De acuerdo con el breve y documentado estudio escrito por el almirante (r) Pedro Espina Ritchie, titulado «Monitor Huáscar», publicado inicialmente en 1969, se comparte en uno de los capítulos, los nombres de quienes saltaron y murieron con Serrano. Entre los fallecidos se cuentan, Santiago Romero, Agustín Oyarzún, Francisco Ugarte, Elías Aránguiz, José Domingo Díaz, Santiago Salinas y Luciano Bolados. Los otros cinco tripulantes, Benjamín Reyes, Luis Ugarte, Agustín Coloma, José María Rodríguez y Eduardo Cornelio, sobrevivieron a graves heridas y fueron desembarcados en Iquique con los sobrevivientes de la Esmeralda.

Como sabemos, producto del impacto del tercer espolón, la corbeta chilena se hundió a las 12 horas y 10 minutos. El Huáscar navegó entonces hacia Punta Gruesa donde el almirante Grau pudo comprobar con sus propios ojos cómo Da-

vid había derrotado a Goliat. La Covadonga había logrado lo imposible. Cuando comprendió que la fragata Independencia no podría ser derrotada, decidió prenderle fuego. El jefe naval del Perú sabía que la aparente y fácil victoria inicial, se había trastocado en una terrible derrota.

Se destaca la nobleza del comandante del Huáscar con los vencidos. Además de recoger desde el mar a los desfallecidos sobrevivientes de la nave capitana chilena, se preocupó también, de redactar una sentida nota de condolencias a la viuda del capitán Prat y remitirle todos los objetos encontrados del héroe chileno, luego de rendir la vida a bordo del monitor. Carmela Carvajal, respondió aquella carta unos meses después, reconociendo la hidalguía, la generosidad y el valor de Grau, por devolverle la espada de su marido «que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido rendida». En el mismo tenor, el almirante peruano escribió y envió una carta a Manuela Caveró, esposa del capitán de la corbeta Chacabuco, Oscar Viel, en que, junto con reconocer la valentía y temeridad de Prat, pide al cielo que lo separe de combatir contra la nave de su cuñado.

Sólo contra el mundo

Durante casi cinco meses, la captura del Huáscar se convirtió en una obsesión para la

escuadra chilena. Luego del combate de Iquique, el monitor escogió ese puerto como madriguera. El almirante Grau ordenó como medida precautoria que a las diez de la noche de cada día, comenzara el toque de queda que silenciaba y oscurecía la ciudad.

En este escenario, el Huáscar fue sorprendido dos veces por los buques chilenos. Al amanecer del 30 de mayo, el Blanco Encalada y la Magallanes cogieron desprevenido al monitor cuando abandonaba el puerto. Después de nueve horas de persecución, el blindado chileno estaba a sólo tres millas de distancia del Huáscar. En ese instante se cometió un grave error táctico. El contralmirante Williams dio la orden de fuego lo que implicaba ladear al blindado para que pudiera disparar sus pesados proyectiles. Esta pérdida de tiempo salvó al monitor, el que continuó su escapatoria navegando en línea recta.

La segunda oportunidad se presentó el 3 de junio. En una situación similar a la anterior, el Blanco Encalada y su escolta, la Magallanes, persiguieron al Huáscar durante más de diez horas. Cuando parecía estar a tiro de alcance, los ingenieros del monitor encontraron en las bodegas el carbón inglés que habían cargado a la carrera en el puerto de Ilo, el que estaba debajo del carbón corriente que usaban habitualmente. La pericia de los hombres que trabajaban en las calderas y la decisión del almirante Grau de inyectar aguarrás y kerosén a los fogones, hizo que el Huáscar aumentara peligrosamente su velocidad. Al llegar la noche, el Blanco Encalada, que además tenía sus fondos sucios, lo que limitaba su andar, había quedado definitivamente rezagado.

Agobiado por problemas de salud y por la serie de decisiones erróneas tomadas en el ámbito naval, el contralmirante Williams Rebolledo presentó su renuncia al mando de la escuadra chilena, la que fue rechazada por el gobierno. Casi en paralelo, el Huáscar regresaba a El Callao para someterse a numerosas reparaciones. Por orden del almirante Grau se le retiró el palo trípode, porque restaba campo de tiro a los cañones de la torre giratoria. Al respecto, en el citado libro de Espina Ritchie se induce a creer que en el combate naval de Iquique, el blindado peruano sufrió mayores daños de los que habitualmente se indican. El autor de Monitor Huáscar señala que, al espolonear la Esmeralda



Retrato de Miguel Grau Seminario (1838-1879), comandante en jefe de la Armada del Perú dirigió la campaña marítima al mando del Huáscar, hasta su muerte en la punta Angamos, el 8 de octubre de 1879.



Recreación pictórica hecha por Thomas Sommerscales del momento en que Arturo Prat es ultimado en la cubierta del Huáscar.

da se averió la proa, abriendo una vía de agua que ingenieros y operarios demoraron un mes completo, -trabajando día y noche- en poder cerrarla. A última hora se le pintó el casco de un color azul verdoso.

El Huáscar se reincorporó a la campaña marítima el 9 de julio de 1879. Ese día el almirante Grau sostuvo una breve entrevista con el Presidente Prado en Arica, quien le enseñó el plan que buscaba hundir a la corbeta Abtao, la que se hallaba reparando sus calderas en la mitad de la bahía de Iquique.

Grau concretó la operación en la madrugada del 10 de julio. Unas horas antes, las autoridades cumplieron la orden del almirante peruano de oscurecer la ciudad apagando todas las luces del puerto. El comandante Sánchez de la Abtao precavido un posible ataque con torpedos desde la costa, trasladó su nave hacia la isla del faro, lo que alteró el plan trazado en Arica. El Huáscar entró a tientas en la rada de Iquique encontrando al buque carbonero Matías Cousiño que surtía de combustible a la escuadra chilena. Grau decidió hundirlo disparando dos andanadas en el casco, cerca de la línea de flotación, pero el ruido de los disparos alertó a los demás buques de la escuadra que acudieron al rescate del transporte. La Magallanes fue la primera en llegar al lugar del ataque. De inmediato, su comandante Juan José Latorre, sin calibrar el peligro, enfrentó al Huáscar, que en seis ocasiones, intentó espolonear sin éxito, a la cañonera chilena. Los disparos de fusilería de ambas naves llamaron la atención del blindado Cochrane que acudió en auxilio de los

salíó a las calles nuevamente a protestar, exigiendo cambios en los mandos del Ejército y de la Armada. El gabinete completo del presidente Pinto se vio obligado a dimitir. A su vez, el almirante José Anacleto Gofí remplaceó a Eulogio Altamirano como comandante general de Marina, mientras que, el 12 de agosto el contralmirante Williams Rebolledo presentó su renuncia indeclinable al mando de la escuadra. El gobierno nombró en su lugar, al capitán de navío Galvarino Riveros Cárdenas y el mando del blindado Cochrane fue entregado al comandante Juan José Latorre Benavente.

Se estrecha el cerco

Por esos días, el Huáscar efectuó sus últimas hazañas enarbolando la bandera del Perú. Por la lectura de la correspondencia hallada a bordo del Rímac, se conoció la noticia del paso del vapor alemán Glenelg por el estrecho de Magallanes, con armamentos y vituallas para el ejército chileno. Con el objetivo de distraer a la flota chilena, el monitor bombardeó varias instalaciones de caletas ubicadas en el litoral, en tanto, la corbeta Unión se dirigió a Punta Arenas para apresar al mercante europeo. Sin embargo, la comandancia general de Marina, como una forma de evitar una catástrofe como la ocurrida con el Rímac, decidió que los buques Loa, O'Higgins, Covadonga y Amazonas, escoltaran desde Magallanes al Glenelg, el que pudo llegar sin contratiempos, a Valparaíso.

El 24 de agosto, el Huáscar intentó sin éxito, hundir con torpedos a la corbeta Abtao en Antofagasta. El ataque lo repitió cuatro días más tarde con la diferencia de que ahora, Grau, impune y audazmente, entró a la bahía y procedió a bom-

bardear el pueblo. Más tarde, trabó feroz combate con la Magallanes y la Abtao, la que incluso, disparó un proyectil de 150 libras que derribó la chimenea del monitor, que aunque averiado, produjo numerosos daños a ambas corbetas, en una lucha que se prolongó hasta la madrugada. Sólo la llegada al puerto del blindado Blanco Encalada convenció a Grau de salir de la rada de Antofagasta ante la amenaza de quedar encerrado en una trampa mortal. Los impactos recibidos en este combate, obligaron al Huáscar a realizarle numerosas reparaciones de emergencia en El Callao.

A mediados de septiembre de 1879 la mayoría de los barcos de la escuadra chilena estaban sometidos a limpieza de sus fondos o cambio de calderas. El 21 de ese mes, el Amazonas que transportaba al Regimiento Esmeralda, -el mítico 7° de Línea-, el Cochrane, la O'Higgins y el Loa escoltaron un convoy de 4.500 soldados con seis buques mercantes, llegando sin novedad a Antofagasta el 25 de septiembre.

En ese puerto se realizó un consejo de guerra que estableció los objetivos de la futura campaña terrestre y marítima. Galvarino Riveros organizó la escuadra en dos divisiones, la primera o pesada, a su mando, estaba compuesta por el Blanco Encalada, la Covadonga y el carbonero Matías Cousiño. La segunda, o ligera, al mando de Juan José Latorre, la conformaban el Cochrane, la O'Higgins y el Loa.

En los primeros días de octubre, se ultimó el plan de captura de los barcos peruanos. La división pesada los empujaría hasta Angamos, donde los esperaba la división ligera. El Huáscar y la Unión navegaban hacia ellos.

Continuará



Óleo de Sommerscales que muestra el tercer y último espoloneo del Huáscar a la Esmeralda, lo que ocasionó el hundimiento de la corbeta chilena.